

## ***Fiesta de solitarios: propuesta audaz y madura***

*Por Abdón Ubidia*

Tal vez el verdadero mal de este siglo haya sido su exagerado culto a las ideas abstractas: generalidades, sueños desmesurados, grandes proclamas, una fe casi religiosa en la ciencia y — valga la paradoja— en la razón; estadísticas y refinaciones de todo tipo, reñidas, a veces, con las realidades mas obvias, han condenado a los hombres concretos a una orfandad espiritual absoluta. En una palabra: cada día es más difícil reconocer la relación entre pensamiento y vida. En una palabra: la vida concreta, real de los individuos, es decir, lo que aman, lo que odian, sus apetitos, deseos y fobias, lo que temen, su incertidumbre, su ansiedad existencial, no tienen cabida en ese complejo juego de teorías que no quieren sino legitimar un orden enajenado de la vida, en donde solo el dinero, el poder y las reglas mas crasas del mercado pretenden imponerse como medida de todas las cosas.

Pero en pueblos como los nuestros, los del tercer mundo, que no han desarrollado un saber crítico estructurado, esto es, que no han generado escuelas filosóficas propias, la situación real de los hombres concretos bordea los límites del absurdo.

Por suerte, no todo está perdido para nosotros. A falta de una gran filosofía, el pensamiento real de las periferias ha buscado refugios en otros ámbitos y uno de ellos es el de la literatura.

Quien recorra las páginas de las novelas y cuentos de nuestro continente y de nuestro país, descubrirá, no sin asombro, que los grandes temas, los verdaderos, los que muestran mejor nuestros sueños y desastres, están allí, en el conjunto de maravillosas páginas que nos retratan en nuestras mentiras y verdades.

Identidad, mestizaje, migraciones, ideología, historia, Estado nacional, ¿qué temas no están tratados en estos relatos?

Pero con una doble ventaja. En principio, porque la literatura, como todo verdadero arte, intuye, anticipa realidades futuras o denuncia realidades presentes que no quieren verse.

Y en segundo lugar, porque lo hace desde adentro, desde la experiencia contundente, viva, de hombres que saben que por detrás de la excepción (que siempre es una metáfora) está la regla o, al menos, la tendencia.

Así lo ha entendido Raúl Vallejo, el escritor que a pesar de su brillante carrera de periodista y hombre público y a pesar de su juventud, ha tenido el tiempo y la paciencia para construir, a lo largo de muchos libros de relatos, un testimonio lúcido de este Ecuador urbano, moderno, tan distinto del que nos mostraran los esplendidos escritores de la generación del treinta.

El país de Vallejo es otro, porque es el país del presente. Con petróleo y deuda externa. Pero también con ciudades lumpenizadas que más, allá del oropel de los edificios de vidrio y las autopistas, alojan, masivamente, vidas signadas por la soledad, la mentira, muchas veces la violencia, muchas veces el fracaso.

Desde sus primeros libros *Cuento a cuento cuento* y *Daguerrotipo*, escritos cuando el autor no cumplía los 20 años y que alborotaron el ambiente estudiantil de los años 70, y ya de manera cabal en su tercer libro, *Máscaras para un concierto*, se advierten en Vallejo dos temas cruciales que han pasado a ser las coordenadas básicas de su narrativa: la obsesión por la soledad y lo que Francisco Proaño Arandi calificó como un “sentido teatral de la existencia”.

La soledad, si, como espacio de libertad; pero también como condena y maldición. Y, frecuentemente, como secuela del marginamiento y el discrimen.

La teatralidad de la existencia: de acuerdo; pero teatralidad en el sentido de rito engañoso, de juego de máscaras, de trampa para incautos advertidos de antemano; pero también como refugio y coraza protectora y, por supuesto, como reducto para solitarios y perseguidos.

Estas vertientes se afirman, ya de modo inequívoco, con la fuerza de una poética ya trajinada e ineludible, en el libro *Solo de palabras*, publicado en 1988.

En esos relatos memorables, entre los cuales se destacan “Apocalípticos del parque”, “Con una pequeña ayuda de mis amigos” y “Los borradores de Adriana Piel”, sin duda el texto más hermoso de la colección, nuestro autor configura varias estrategias narrativas que le permiten captar, desde diversos ángulos, la vida variada y múltiple de los personajes que pueblan nuestras ciudades y cuyas existencias, anónimas y soterradas, no son, por cierto, temas dignos de los estudiosos muy solemnes: bajo esa mirada desfilan, en cambio, seres lumpescos, burócratas, políticos, niños subversivos y, entre muchos otros retratos vívidos, los amantes desolados para quienes todas las realidades del mundo han sido supeditadas a la de su amor.

Ahora, en 1992, después de otros libros dedicados al periodismo o al estudio literario y después de otro libro de relatos, *Manía de contar*, Raúl Vallejo nos sorprende con la obra que hoy presentamos, *Fiesta de solitarios*, sin duda, su propuesta literaria más audaz y madura.

Sus ya viejos temas, la soledad y la comedia; pero además sus procedimientos narrativos, antes experimentales y tentativos, adquieren ahora su mayor expresión. Porque hay que decir que, en Vallejo, siempre hubo una preocupación grande por lo que los críticos llaman “la técnica”, o sea, por los recursos propios del oficio de contar.

Avezado escritor, Vallejo sabe que “la técnica” no es para nada un valor en sí, un puro valor, si no, al contrario, una gama de modos desesperados a los que acude un artista para transmitir contenidos que, de otra forma, se perderían.

Monólogos interiores, diálogos, epístolas fragmentadas en el seno de discursos memoriosos, descripciones sesgadas, entrevistas que dotan al texto de niveles de sentido que solo se descubren al final, son, entre tanto otros, esos recursos que confieren a sus relatos un aliento sostenido o, como ya señalamos en otra oportunidad: una voluntad inequívoca de “decir sin decir del todo lo que de otra manera no se puede decir”.

Todo ello puesto al servicio de una temática tremenda pues *fiesta de solitarios* hace honor a su título. “Fiesta”: como una asamblea exultante; pero “de solitarios” porque esa asamblea solo existe en el azar de un libro que junta historias desoladas. En resumen, una fiesta que no lo es, que solo devela su sentido en la imposibilidad de serlo.

Hay en este libro arduo, entonces, empezando por el título, el juego de apariencias que presupone toda comedia: la verdad está en lo aparente pero, a la vez, allí, en la máscara, en la comedia, está la tragedia.

Y Vallejo ha escogido, esta vez, para mostrar tan compleja visión de la realidad humana, las figuras más extremas de la soledad,

En *Fiesta de solitarios* encontraremos, pues, una serie insólita de precisos personajes que van desde el burócrata que encuentra, al fin, en el suicidio, la huida perfecta que siempre buscó, hasta los amantes desencantados cuya verdad no tuvo cabida sino en la mentira. Pero encontraremos, además, en una exploración que se lleva algunos fuertes relatos, a los habitantes de las bíblicas ciudades de la llanura: travestis, ancianos que buscan en la oscuridad de los cines su espacio de cazadores furtivos; muchachos que se prostituyen; hombres–mujeres que no pueden desprenderse de su verdad que, como ya dijimos, es su comedia.

*Un hombre muerto a puntapiés*, de Pablo Palacio y *Angelote amor mío*, de Javier Vásconez, han sido, hasta este libro, las pocas incursiones de la literatura ecuatoriana en este difícil tema, que es usado por Vallejo como la metáfora justa, como el ejemplo palmario de la soledad relegada pero presente en los meandros de nuestras ciudades; el ejemplo de una marginalidad extrema, que junta deseo y muerte, existencia y violencia y que sintetiza tantas otras marginalidades que no queremos pensar ni reconocer.

La literatura es la ciencia de la vida, decían los rusos; añadiríamos: la ciencia de las vidas concretas. Ningún dolor humano puede serle ajeno. Pero gracias a ella, ese dolor trasciende, se universaliza, y se transforma en arte, es decir, adquiere “aquel grado de lo terrible que todavía podemos soportar” como lo dijo Rilke.

Bien, por Raúl Vallejo y su sostenida labor en las letras ecuatorianas. Bien, por su cada vez más refinado oficio. Bien, por todas sus otras exploraciones en los mundos innominados de los que alguna vez tendremos que hablar y que este libro prefigura y promete.